

Reseña

Utrera, Laura: De cómo el cine hizo realista a Horacio Quiroga. Montevideo: +Quiroga Ediciones, 2020.

Marcelo Britos¹

Cine y Literatura: dos geografías y lenguajes distintos comparten una sensación de cercanía engañosa, pero a la vez simbiótica. Dos zonas que aparentan juntarse atravesando el umbral, una frontera permeable y cómoda, pero como en el artificio del mapa a escala, eso que puede recorrerse con el dedo o con la mirada, en las dimensiones reales representa enormes y complejas distancias. Vecinos, sí, con todo lo que ello significa, las invasiones y las generosidades, los conflictos cuando uno pretende llegar lejos en el jardín del otro, y lo que se han dado mutuamente, desde que el cine entendió que podía recurrir al *flashback* o al relato sincrónico, tomando el ejemplo de *Historia de dos ciudades* de Charles Dickens, o cuando William Faulkner ensayó un *close-up* en los primeros capítulos de *Santuario*, para mencionar ejemplos transitados.

En *De cómo el cine hizo realista a Horacio Quiroga*, Laura Utrera retoma la mirada del autor de *Los desterrados* para reflexionar una vez más sobre ese vínculo, una tentación en la que suelen caer los acólitos de ambas partes, muchas veces sin la experticia y la rigurosidad de la autora, quien asumió la ardua tarea de encontrar nuevos y originales aportes sobre los cimientos de las dos. Es que Horacio Quiroga, como bien refiere Utrera, fue también un

¹ **Marcelo Britos** es escritor y Magíster en Literatura Argentina por la Universidad Nacional de Rosario. tatinbritos@hotmail.com.

amante del cine, que incluso se reconocía víctima del hechizo del *StarSystem* americano (seducido confeso por la mirada de Mary Pickford, esa alucinación brillante en la pantalla). Basta con recordar su cuento “Miss Dorothy Phillips, mi esposa” (1919), en donde el personaje, Guillermo Grant, quien además hace comentarios propios de un reseñista de cine, se enamora de la actriz que tuvo su esplendor en la segunda década del siglo XX. La singularidad que hace central a Quiroga en este libro es que, por fuerza del destino, fue eyectado a esa época en la que debió formar parte de los intelectuales que recibieron la novedad del cinematógrafo y con la necesidad además de escribir sobre un fenómeno cultural que, a diferencia de otras expresiones, extendía su popularidad a un ritmo frenético y de una forma transversal y democrática (como el propio Quiroga entendía).

Este libro nacido de una tesis pero reconvertido en una narración imposible de abandonar, por la claridad y la contundencia argumental. No solo sigue el recorrido de los escritos sobre cine de Horacio Quiroga en las diferentes publicaciones de la época hasta el surgimiento del cine sonoro (momento considerado por él como el final del cine); no solo refiere a la percepción de un realismo *indicial* que configurará más tarde, en su escritura, una renovación de los modos de concepción de lo real, sino que además va desglosando desde el principio una breve pero necesaria evolución histórica, estética y técnica del cine, y de la recepción de ese fenómeno en las masas y en el campo intelectual latinoamericano, que miraba de reojo el avance de un elemento cultural que consideraba banal, o en el peor de los casos como una ariete del encumbrado capitalismo americano. Quiroga, figura elegida de forma estratégica para estos debates, es por el contrario el escritor cinéfilo que va a aportar elementos formales a la defensa del cine, y que en definitiva se erigirá, como dice la autora, en una especie de mediador intercultural entre las nuevas masas lectoras y el campo cultural, con una mirada que sabrá comprender los gustos, las inquietudes y las

motivaciones de un nuevo público, sin abandonar la capacidad crítica propia del oficio.

En la segunda parte del libro, cuando Utrera decide entrar en la otra geografía, la del lenguaje literario, Horacio Quiroga deja de ser el prisma para ser el objeto. La operación es la misma, pero esta vez se trata de la evolución de sus escritos desde los orígenes modernistas y decadentistas, las influencias del naturalismo, de la eficacia del horror de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, hasta llegar a su expresión más orgánica y acabada, la de un realismo novedoso que logra el verosímil en la estructura ya antes consumada del cuento de horror, como puede comprobarse en sus cuentos de monte. Estos recorridos, articulados de forma efectiva y con solidez retórica, no se quedan en la exposición de datos, en la acumulación de la información crítica —camino que suele llevar a la banalidad—, sino que se contextualizan y se interpelan desde esa relación entre las geografías. Porque es a través de la experiencia del cine, de la reflexión sobre ese nuevo arte, que Quiroga despunta en la escritura esas nuevas formas de la poética realista, en tanto fue adquiriendo de su observación la capacidad de mostrar de forma más veraz y convincente esa realidad; la *serie viva* en contraste con la reproducción fotográfica del instante o del efecto de representación del teatro. Es de esa relación, resultante en la evolución de la obra de Quiroga y expuesta en el libro, que surge la hipótesis y a la vez la síntesis largamente demostrada.

Por último, si bien la estructura del libro —la división en capítulos, las introducciones que funcionan como resúmenes de lo recorrido y que facilitan la lectura—, forman en su conjunto un texto que está lejos de la aridez y la complejidad —a veces innecesaria— del registro académico, hay además una cadencia, un ritmo narrativo que, junto con el tema elegido, dejan una huella de placer después de la lectura. *De cómo el cine hizo realista a Horacio Quiroga*, como los dedos cuando amplían los mapas en la nueva magia del *screeentouch*, visibiliza una nueva dimensión en ese vínculo del cine

y la literatura, y aporta una nueva e interesante mirada sobre la obra de Quiroga y sobre una poética —la realista—, en permanente debate.